

no vamos a extendernos en ejemplos. Si que merece, sin embargo, la pena meditar sobre la referida huelga de controladores. Caben dos interpretaciones: o la norma de seguridad establecida es correcta y debería respetarse siempre, o por el contrario es superflua y tendría por tanto que ser modificada.

Nos queda la tremenda duda de si, en otras normas de seguridad tan autoensalzadas por las compañías aéreas, caben también huelgas de celo, siendo, por tanto, dichas normas papel mojado. Por ejemplo, en lo referente a despegues y aterrizajes con determinadas condiciones atmosféricas, revisión periódica de motores e instrumentos, control físico y psíquico del personal de vuelo, etc.

Ojalá no se estén quebrantando sistemáticamente normas eficaces de seguridad por un afán de lograr mayores rendimientos de los que humanamente sean posibles.—Francisco HERRERO.

Gratitud

Señor director: No me ha pasado inadvertido que, tanto en ABC como en «Blanco y Negro», ha aparecido generosamente —en las últimas semanas— originales de la campaña de propaganda de las Hermandades de Donantes de Sangre, además de periódicas informaciones y noticias sobre su quehacer. Muchísimas gracias.

Gracias a Dios y al esfuerzo que se despliega, vamos creciendo. Ya tenemos en funcionamiento 53 Hermandades de Donantes de Sangre y confiamos lograr en 1976 cerca de ciento cincuenta mil litros de sangre donada y transfundida generosamente.

Posiblemente ya representarán el 60 por 100 de las necesidades hemoterápicas de los hospitales de España. En casi todos los de la Seguridad Social el problema se viene cubriendo totalmente.

Si es verdad que el clima es, en general, materialista e insolidario, también es cierto que existe una minoría a la que se va logrando «encastrar» al servicio de esta humanísima y cristiana labor.—José María GARCÍA DE VIEDMA

Plan de huelgas

Sr. Director: Muchos españoles se preguntan si los políticos de la llamada oposición desean realmente el bien del país. Es importante saberlo, porque algunos de ellos, más o menos tarde, van a tomar las riendas del Gobierno, e interesa conocer si son dignos de un mínimo crédito.

En estos días, el líder de una agrupación socialista ha asegurado que ellos quieren cooperar para que España salga del atolladero, en tanto que los grupos sindicales de la misma cuerda anuncian una oleada de huelgas para el otoño... Se diría que entre esas dos declaraciones existe flagrante contradicción. Hasta ahora, la experiencia nos ha enseñado que las huelgas generalizadas no corrigen las crisis económicas, sino que las agravan. Entonces resulta que esos políticos están dispuestos a perjudicar al país aumentando la inflación y, en consecuencia, desgraciando a las familias económicamente débiles.

¿Qué persiguen con este proceder? Crear dificultades al pueblo no es el mejor camino para obtener sus votos. Van a tirar piedras sobre su propio tejado. Porque cuando con esas torpes medidas, combinadas con el fomento del descontento popular y de las ideas federalistas, estuvieren a punto de conseguir el hambre, la anarquía y la disgregación del país, irremisiblemente entrarían en juego las instituciones que, por imperativo legal, vienen obligadas a impedirlo.

Por eso conviene a los mencionados políticos realizar en sus planas mayores una movilización general de células grises (las del cerebro, no las otras) para llegar a comprender que su propio interés estriba en no estorbar las medidas correctoras de la economía, sino por el contrario, como leal y patriótica oposición, contribuir a la recuperación del país.—Julio PRENDES ESTRADA.

APUNTE POLITICO

SOBRE LA «CUMBRE» DE LA OPOSICION

Por José María RUIZ-GALLARDON

Por grandilocuencia, que no quede: «Cumbre de Madrid», «reunión histórica», «paso decisivo», etc... A la fraseología utilizada para designar lo acontecido el día 4 en el hotel Eurobuilding no le faltan, ciertamente, tintes triunfalistas. Y lo cierto es que me parecen lógicos, justificados. Decir otra cosa, minimizar el hecho, sería, sencillamente, pura inconsciencia.

A trancas y barrancas, la oposición se une. Se une «hoy», aunque sea para devorarse unos a otros en cuanto se tercie. Y se une para desmontar al Estado. No es expresión mía: se deduce de las palabras del primer orador de la sesión, señor Ruiz-Giménez: «Estamos ante una crisis de Estado.» Fijese bien el lector que no se habla de situación crítica del Gobierno. Se habla de crisis de Estado. Y la forma del Estado español es la Monarquía. El objetivo último de Coordinación Democrática y de las instancias unitarias —léase separatistas— que aunan con ella su acción, es sustituir este Estado por otro. Ni más ni menos. Eso es la ruptura, y quien no lo entienda así, no sabe de qué va.

Alguien ha comparado, con acierto, esta reunión con el famoso pacto de San Sebastián de 1930. Y ya sabemos lo que ocurrió después.

Bien, lo lógico es que la oposición se una. Lo ingenuo es pensar que el hecho no tiene importancia. La consecuencia de todo ello es que, lo que no es oposición, lo que

es «Estado», debe, también, unirse, ahora y para el futuro inmediato.

¿Para qué? Por lo pronto, para demostrar ante el país y ante el mundo —demostración que somos muchos más los que no estamos dispuestos a que el edificio vuele por los aires.

¿Cómo? Yendo, cuanto antes, a unas elecciones libres. Antonio García Trevijano, uno de los más, si no el más inteligente, (a juicio de quien esto escribe), de los reunidos el sábado, decía a la Prensa al término de la sesión: «Lo que el país necesita ahora son libertades, no elecciones.» Ahí les duele. Y ahí deben vencer —repito: en las urnas— los españoles que no quieren Estados desmembrados de la Patria común, ni romper con todo el pasado, ni partir de cero, ni poner en discusión en unas Cortes Constituyentes nuestra forma de ser política: hay que llegar y vencer en unas elecciones libres, que, además, demuestren quién es quién y quién vota a quién.

Pero la victoria electoral pasa por la conciencia de la gravedad del momento y de la organización de las propias fuerzas.

Por lo demás, dialoguemos con la oposición sobre lo negociable, que todo no lo es. Advirtiéndole que los movimientos de masas que nos anuncian pueden conducirnos, precisamente, a la ruina del país. Si es eso lo que quieren, que por lo menos lo sepamos todo. Y el primero el Gobierno.— J. M. R. G.

SUBDESARROLLO, SUPERPODER

Un juego político interesante es el de los mapas. Se trata de tomar dos mapas-mundis de plástico transparente. En uno de ellos coloreamos, en rojo, los países industriales de más de 2.000 dólares de renta por cabeza, y en azul los agrícolas de renta menor.

En otro mapa, en rojo también, los países de régimen parlamentario liberal; en azul, los autoritarios.

Superpuestos, los colores —casi en su totalidad— coinciden. Industrialización y desarrollo suelen traer de la mano parlamentarismo y democracia. Agricultura y subdesarrollo, dictadura.

Enseña la experiencia que esa coincidencia no es sólo de hoy. El parlamentarismo nace en Inglaterra, primer país industrial del mundo. Se aclimata en Francia en 1816; en Italia (Piamonte, entonces), en 1850; en los países nórdicos, en 1914. Siempre, contemporáneo de la industrialización. Y de su brazo.

A la inversa, los ensayos de régimen parlamentario en países subdesarrollados y agrícolas se cuentan por fracasos. Y no sólo en América Central y del Sur, y en Africa. También en Europa del centro y del Este los regímenes democráticos montados artificiosamente y apresuradamente, después de la guerra del 14, cayeron uno a uno como fichas de dominó.

En España, la República del 31 fue quizá fruta demasiado temprana, he-

lada tanto por su radicalismo ideológico como por estructuras económicas débiles, subdesarrolladas y arcaicas.

Claro que hay excepciones. Los Estados Unidos fueron país democrático (aunque con Presidencia autoritaria) en 1800, cuando la renta per cápita era de 230 dólares y sólo el 6 por 100 de la población vivía en «ciudades» mayores de 2.500 habitantes. La India, ciento setenta y cinco años después, se encuentra en situación análoga. Aunque ese parlamentarismo heredado de los ingleses podría bascular no difícilmente hacia la dictadura. Como ya ha sucedido en Pakistán y Bangladesh.

En todo caso, es claro que cuando más personas tienen más cultura y más riqueza acaban consiguiendo más poder.

Lo mismo en el Estado, que —salvadas las distancias— en la empresa y en la familia.

Fácilmente fracasan los regímenes democráticos en países subdesarrollados, agrícolas y analfabetos. Igualmente fracasan los regímenes autoritarios en países desarrollados, industriales y cultos. Y España va siendo de éstos.

Si el equipo Suárez, desairado por la oposición y falto de apoyo real, cae antes de las elecciones generales, eso no va a cambiar las estructuras del país. Que seguirán pidiendo, a gritos, no dictadura, sino democracia. — Francisco José DE SARALEGUI.